

EL DEFENSOR DEL OBRERO

El cáncer del socialismo

El Socialista al dar cuenta del Congreso Nacional Socialista que se ha celebrado en Madrid, dice que el socialismo es la vida de la humanidad en el porvenir, la fórmula actual de la sociedad de mañana.

Es de su derecho—añade—colocar hoy en todas las culminaciones del desenvolvimiento social, influenciarlas constantemente y dirigir las en cuanto le sea posible.

De propósito hemos elegido las palabras o frases más pomposas de trabajo de presentación del Congreso, del fondo de *El Socialista*, a fin de que se percata el lector de las miras ambiciosas de los que comulgan en ese partido y sistema sociológico, a pesar de que no recibe el análisis razonado de sus principios, ni menos sufre el contraste de la realización de sus ideales, por ser opuestos a los más inextinguibles impulsos e inclinaciones de la naturaleza humana. Repetidas veces hemos insistido en esta particular y hemos lamentado que lo bueno que en la teoría y en la práctica pueda tener, del tesoro del Evangelio lo toma, no sin bastarle con harta frecuencia, con el virus del error, de que es fecundo mamental.

Hemos leído las reseñas de la sesión en el órgano del partido. Con gran curiosidad esperábamos averiguar el criterio de los asambleístas, oradores y ponentes en materia de Religión, especialmente de la católica, que nos honramos en profesar. Apenas si quedó satisfecha esa aspiración, y por ende, casi frustrado nuestro intento de informar en este particular a nuestros lectores.

Dicho se está que no faltaron palatinas manifestaciones anticatólicas, como la de aquel orador que se alegraba de que se nos arrebatasen las Filipinas, porque de esta suerte habrán sido arrojados de aquellas regiones los frailes. Ignoraba sin duda la que, lejos de haber sido echados violentamente los frailes de Filipinas, continúan su misión civilizadora y cristiana en aquellas latitudes, y lo que es más, los Centros docentes de mayor fuste y los Centros científicos de mayor transcendencia científica y social hallan confíados a los frailes. Y también estos odiados seres prosiguen ejerciendo la cura de almas, muy a satisfacción de los naturales del país, quienes, por cierto, han pedido a las autoridades civiles y eclesiásticas, desde el año intausto de 1898 hasta hoy, que les envíen muchos frailes, precisamente españoles, de los que antes tenían, porque no quieren otros.

La mejor Sociedad

- ¿Sabes, Manuel, la gran noticia?
- Tú dirás, Pedro Luis.
- Pues, que vamos a fundar una so-

ciudad en el pueblo, un casino de recreo con buenas sillas, luz eléctrica, mesas de mármol, juego de billar... ¡la mar! Ya verás, chico, ya verás que cosa es regalo.

—Pero oye ¿quién va a pagar todo eso?

—Porque supongo no es lo regalarán.

—¡Toma! Nosotros.

—¿Tan ricos están?

—Pues, precisamente por eso, porque no somos ricos nos asociamos, y entre todos compramos lo que no puede comprar uno solo. Luego, ¿que cae un enfermo? Médico, medicinas y un par de pesetitas diarias. De modo que ¿contamos desde luego contigo?

—¡Cál! Ni por pienso.

—¿Por qué muchacho?

—Por la sencilla razón de que ya pertenezco a otra sociedad, y soy presidente de ella.

—¿Y tiene esa sociedad un reglamento y sus socorros mutuos?

—Mejores que los vuestros, y si no, verás. La sociedad de que soy presidente no está compuesta de personas extrañas, sino que la constituimos yo, mi mujer y mis hijos, se llama la familia; todos pagamos nuestra respectiva cuota; yo contribuyo con todo mi jornal; mi mujer con su ahorro y con su cariño, y mis hijos con su docilidad y aplicación. ¡Si vieras los bien organizados estamos! Todos los días celebramos junta: la señora secretaria, que es la mujercita que Dios me ha dado, lee la orden del día. ¡Pero que orden! Que pasado mañana es el santo del señor Presidente y hay que hacer algo de extraordinario; aprobado. Que Luisito se ale de pañales y hay que ponerle en coito; aprobado. Que a Teresita hay que comprarle unos zapatos, porque los que lleva han fracasado por completo al cabo de un año de activo servicio; aprobado. Que Bernardito ha pasado a la sexta sección y hay que comprarle un *juguetito*; aprobado. En fin, amigo, aquello es la armonía personificada; se razona sin disputar, se manda sin imponer, se obedece sin regañar.

— Hombre, Manuel, estás hecho un libro. ¿En qué consiste tanta belleza?

—En la bondad del reglamento por el que nos regimons.

—¿Se puede saber?

—No solo se puede, sino que se debe saber. Consiste de diez artículos que al pie de la letra dicen: El 1.º amar a Dios sobre todas las cosas. 2.º no jurar el santo nombre de Dios en vano, etc.

—Basta, basta; comprendo la intención. Tienes razón que te sobra. La mejor sociedad es la familia; el mejor reglamento la ley de Dios. ¿No es eso?

—Cálmate. Y si alguien duda de ello, a las pruebas me remito.

LA LOTERIA

Ayer cuando atardecía,
un niño coger quería,

la sombra que proyectaba,
y claro, si él se movía,
la sombra se retiraba.

Hoy a la playa volví,
y tras su sombra corriendo
al pobre angelito ví;
Por qué corres tanto, di?
le pregunté, sonriendo.

Y con el mayor candor,
deteniéndose anhelante,
me dijo: corro, señor
tras ese piño mayor
que siempre llevo delante.

Pero ¿no vez tú, querido,
que tanta fatiga es vana?
Ah no, dijo convencido.
Hoy ya le dejo rendido,
no se me escapa mañana.

Y prosiguió su carrera
creyendo que al fin le alcanza,
pues no cabe en su mollera
que en el mundo la quimera
se disfraza de esperanza.

Con ese mismo disfraz,
con esa esperanza vana,
nos lleva el mundo a la
perder hoy nuestra paz
sin lograr la de mañana.

Y a veces (no una vez sola)
nos precipita en el yerro
la ardiente sangre española...
Entonces ¿quién para el peiro
con el caldero a la cola?

Como el niño que corría
tras la sombra que él hacía
al ponerse ayer el sol,
así corre el español
detrás de la lotería.

Y con esto se retrata
a ese pueblo noble y bravo
de hidalguía flor y nata:
es un perro con la leña
siempre pendiente del rabo.

RAMÓN MARÍA VILUZZA

Estudios Sociales

PEPIN, CRITICO DE TEATROS

Pepín había restizado el sueño denso de toda la vida.

Ya era crítico de teatros.

Ya podía hombrearse con sus compañeros de oficio.

Ya podía mirar de arriba abajo al resto de los mortales diseminados por palcos, plateas, butacas y galerías.

Ya podía ensalzar hasta las nubes ó hundir hasta los abismos a los amigos y enemigos.

Ya estaba capacitado para recibir recados y cartitas de noteros y actrices, que eran otros tantos suplicatorios para adornar las reseñas.

Ya no tenía necesidad de engañar a su madre fingiendo ocupaciones y menesteres imaginarios para ir tras de aquellos espectáculos según le pedía su gusto, para lograr el cual tuvo que pasar mil apuros y decir mil mentiras.

En adelante iría por derecho propio y de plédo adonde sus aficiones le llamaban, sin más ley que en su propia más pragmática que su voluntad.

Pero como en este mundo no hay dicha cumplida, Pepín, en la embriaguez de su nuevo cargo disputado en buena

lid contra cuatro compañeros de redacción todos jóvenes, todos conocedores de los grandes secretos del teatro por horas, todos limpios de conocimientos históricos, todos capaces de confundir a Lope de Vega con Alarcón y a Calderón con Tirso de Molina, tropezó con eso que los liberales de antaño apellidaban los obstáculos tradicionales, representados esta vez por su madre.

—Su madre! ¿Cómo lloró la pobrecita cuando Pepín le manifestó su nuevo cuidado? Pero ni que le amenazara la peste, el cólera o un miara de seis años! Y lo que más incomodaba a Pepín era, que no hablaba y que se contentaba con llorar. Un día por fin, a la hora del almuerzo, se atrevió a pedir explicaciones, extrañado de que su madre no apreciase en todo su valor la importancia del cargo.

—¿Por qué lloras? le dijo con la franqueza propia de un hijo llegado a la mayor edad, huérfano de padre y educado en la atmósfera moderna.

—Las lágrimas son mi alimento, contestó la madre.

—¿Te molesta que me haya nombrado crítico de teatros, triunfando de todos mis compañeros?

—No; sino que me duele tanto y, en tal grado, que si estuviera en mi mano, y yo pudiera impedirlo, no lo sería.

—Pero, ¿por qué, mamá?

—Porque estuve luchando, mientras fuistes niño y joven para apartarte de espectáculos erizados de peligros, donde tan fácilmente naufraga la gente moza, expuesta a perder la vergüenza y a veces la fe. Porque a pesar de mis luchas y afanes franqueaste la muralla de la obediencia y comiste de la fruta prohibida, engañándome unas veces y dejándome yo engañar otras, por no tener otro remedio. Porque sientes desordenada afición por todas esas fiestas, donde junto a los encantos de la poesía, de la acción, de la mímica, de la luz, de la orquesta y del trato social, hay innumerables ocasiones para desviarse en el mal camino. Y si este le ocurre al simple espectador, con mayor razón le ocurrirá al crítico; para quien ya no hay en los teatros secretos ni puertas cerradas, puesto que tiene en los puntos de la pluma el crédito, la fama y hasta los intereses, de muchas gentes que viven del teatro moderno. Y yo no puedo decirte más, aunque harto te dicen mis razones y lágrimas; pero Pepe, hijo mío, quien ama el peligro en él perece.

—Pero, mamá, todos los teatros no son lo mismo!

—Cierto; unos habrá peores que otros.

—Estás intransigente, mamá. ¿De modo que tú confundes en una misma abominación las piececillas de los teatros y las obras de Jacinto Benavente y de Martínez Sierra, por ejemplo?